



Mark Edwards/StillPictures

El nuevo *comienzo necesario*

MASSE LO y OUSSOUBY TOURE lanzan un reto tardío a la comunidad internacional para que se haga sentir en la lucha contra la desertificación como parte de la lucha contra la pobreza

Comparada con otros instrumentos internacionales, como la Convención sobre el Cambio Climático o el Convenio sobre la Diversidad Biológica, la Convención de lucha contra la desertificación ha recibido poco apoyo político de la comunidad internacional, lo cual es lamentable.

Después de todo, este acuerdo multilateral es un verdadero proyecto social: “una convención para toda la vida” según dijo uno de los participantes. En ella se pide una mayor democratización y pluralismo y se crean las condiciones

para una mayor participación de los ciudadanos y la sociedad civil en el desarrollo de su país. Incluso nos permite “luchar” contra la inmigración causada por la desertificación, una inmigración que se siente con suma agudeza y atemoriza tanto al público “occidental”. ¿Por qué ha generado entonces tan poca atención pública internacional y ha atraído tan poca financiación?

La decisión de designar a 2006 Año Internacional de los Desiertos y la Desertificación se adoptó diez años después de que se ratificara y entrara

en vigor la Convención. Durante ese decenio, los países más expuestos a la degradación del suelo se han visto obligados a elaborar y aplicar planes de acción nacionales, regionales y locales.

Entre 2000 y 2004, los países africanos presentaron a la secretaría de la Convención no menos de treinta planes de acción nacionales. Se dedicaron con entusiasmo a este laborioso proceso; y lo hicieron en el espíritu de la Convención que se basa en principios tan innovadores como un esfuerzo permanente para aumentar la participación de los interesados directos de la sociedad civil en la adopción de decisiones y la planificación y en una mejor interacción entre los sectores normativos. Es evidente que existen también muchos intereses comunes y un alto grado de participación.

Plan estratégico

Posiblemente esta sea la primera vez que en algunos países un proceso relacionado con el medio ambiente haya reunido tan diverso grupo de interesados directos y propiciado el diálogo político a tan alto nivel. Durante la última Conferencia de las Partes en la Convención, celebrada en Nairobi en octubre, se registraron avances significativos en, por ejemplo, la mejora de las sinergias entre la Convención y los tratados sobre el cambio climático y la diversidad biológica. Se adoptaron nuevas iniciativas como el plan estratégico para la adopción de medidas a largo plazo de lucha contra la desertificación, TerrAfrique. Y se lograron progresos en su financiación mediante un memorando de entendimiento con el Fondo para el Medio Ambiente Mundial (FMAM).

Apoyo financiero

Pero estos adelantos no deben encubrir las deficiencias que afectan a la viabilidad de la elaboración y ejecución de programas de lucha contra la desertificación, así como a su eficacia y su impacto. Hay un abismo enorme entre la escala del problema de la degradación del suelo y las limitadas iniciativas que se han emprendido hasta la fecha. Pocos de los programas contra la desertificación, en particular en África, han recibido suficiente apoyo financiero, pese a los logros del Fondo para el Medio Ambiente Mundial y de algunos organismos bilaterales y multilaterales, y a la movilización de los interesados directos de la sociedad civil. Este lamentable estado de cosas es particularmente serio en países que ven reducir sus ingresos de la agricultura y la ganadería, lo que, a su vez, redundará en la inseguridad alimentaria y en conflictos por el control de los recursos naturales. ►

La Convención respalda un cambio profundo en la puesta en práctica de políticas de desarrollo y cooperación. De hecho es una verdadera convención para un desarrollo basado en:

■ El conocimiento de las necesidades básicas de educación, acceso al agua potable libre de impurezas, energía y saneamiento, etc., que tienen las comunidades;

■ La aplicación de presión política e institucional para reforzar el proceso de descentralización en la gestión de los recursos naturales;

■ La ampliación del ámbito del debate para que participen las organizaciones no gubernamentales, las comunidades locales, los movimientos femeninos, la juventud y demás grupos sociales que suelen ser marginados, lo que demuestra una dedicación a la gobernanza democrática;

■ La creación de condiciones que ayuden a generar ingresos suficientes, que permitan a las comunidades mejorar su calidad de vida y que promuevan una política de paz: todo ello indispensable para impulsar el desarrollo sostenible. Por todas estas razones, no es exagerado afirmar que:

■ Las iniciativas de lucha contra la pobreza y sus consecuencias (como la migración y el conflicto por el control de los recursos) que han llevado, bajo los auspicios del Banco Mundial, a definir estrategias nacionales, son sinónimo de lucha contra la desertificación;

■ Los planes de acción para luchar contra la desertificación, dentro del espíritu de la Convención, pueden ayudar a que los Objetivos de Desarrollo del Milenio sean más concretos: como dijo Klaus Toepfer, hasta hace poco Director Ejecutivo del PNUMA: “La lucha contra la desertificación es decisiva para concretar los ODM”.

■ La ejecución de planes de acción para luchar contra la desertificación debe favorecer una gobernanza más democrática y los principios de transparencia y responsabilidad.

■ La lucha contra la desertificación equivale a mitigar los efectos de la migración causada por el deterioro de las condiciones en las tierras áridas. La disminución de los rendimientos agrícolas en zonas afectadas por la degradación del suelo son la causa principal de la migración.

El Año Internacional ofrece una nueva oportunidad de impulsar el proceso de aplicación de los instrumentos en los planes de acción de lucha contra la desertificación en los planos nacional, regional y local.

Es indispensable que se asigne más dinero y que los planes de acción se integren más en las políticas

macroeconómicas para superar las limitaciones que impiden el pleno funcionamiento de la Convención y aprovechar todas sus oportunidades. Los nuevos recursos podrían adoptar la forma de “recursos nuevos y adicionales”, ayuda pública al desarrollo o cancelación de la deuda. Lo importante es que se asigne lo suficiente a la Convención para que se haga realidad su visión de futuro.

Durante el Año Internacional se deben emprender iniciativas para forjar nuevos senderos y formular nuevos objetivos, lo que, entre otras cosas, podría incluir el aumento de los conocimientos sobre la desertificación, sus causas y consecuencias, sobre todo en los países del Norte, y el hincapié en las relaciones entre la desertificación y otras cuestiones, como la inseguridad alimentaria, la pobreza, etc.

Se deberán prever objetivos concretos como:

- 1) Movilizar a las ONG del Norte más grandes, denominadas ‘Siete hermanas’ – en la lucha contra la desertificación.
- 2) Asegurar que la comunidad internacional sepa que la lucha contra la desertificación, el logro de los ODM y la lucha contra la migración y las fluctuaciones de la población guardan una relación directa.
- 3) Abordar (una vez más) a los organismos bilaterales y multilaterales de desarrollo y a los representantes del G8 para persuadirlos de que sitúen a la Convención entre los temas prioritarios de sus programas.
- 4) Por último, crear las condiciones para poner en práctica un plan estratégico

eficaz a largo plazo para la aplicación del Convenio.

En la Cumbre Mundial del año pasado se hizo un llamamiento para que se prestara un apoyo más visible a la aplicación de la Convención, lo que hizo abrigar esperanzas de que la última Conferencia de las Partes fuera un momento cumbre para que la comunidad internacional analizara la desertificación con más detalle. Todo parecía indicar que se había llegado a comprender que los Objetivos de Desarrollo del Milenio no podrán lograrse sin resolver las causas fundamentales de la pobreza en las zonas rurales, que están indisolublemente vinculadas a la degradación del suelo y a la pérdida resultante de ingresos derivados de la agricultura.

Sin embargo, la Conferencia de las Partes terminó con una nota más discordante, ya que los países del Norte pidieron ‘reformas’ y los del Sur trataron de convencer a sus asociados de que la lucha contra la desertificación era decisiva, debido a sus vínculos con la lucha contra la pobreza. Debemos mantener nuestra esperanza de que 2006, Año Internacional de los Desiertos y la Desertificación, signifique, no obstante, un nuevo comienzo. Y que esta vez será bueno ■

Masse Lo, ex Coordinador de la Red de ONG africanas y mundiales sobre desertificación, es el Director del Programa Regional de África francófona LEAD. Oussouby Toure es sociólogo, ecologista y consultor internacional.



Richard Linero/UNEP